

# *La práctica sin fin*

*Siete historias relatadas por Eihei Dogen  
en el Shobogenzo*

## *Historia de la práctica incesante de Doshin, el monje que no temía a la espada*

A la edad de 14 años, el maestro Zen Daii Doshin se encontró con su maestro, nuestro Tercer Ancestro Chino. Durante los nueve años siguientes tuvo la responsabilidad de servir a su maestro. Desde el momento en el que heredó las prácticas de los Ancestros y Budas mantuvo siempre su mente en samadhi, sin jamás adormecerse y sin recostar su espalda sobre un colchón durante sesenta años. Ofreció su enseñanza tanto a los que le fueron hostiles como a los que se mostraban amistosos y su virtud benefició tanto a la gente humilde como a los que ostentaban cargos socialmente elevados. En el año 17 de la era de Chen-kuan (643 e.c.), el Emperador T'ai-tsung, habiendo escuchado hablar muy favorablemente del gusto tan particular que el maestro Daii tenía para transmitir la Vía del Zen, deseó ver con sus propios ojos su presencia, al parecer tan imponente, motivo por el cual le invitó a la capital. Hasta en tres ocasiones Doshin escribió una carta disculpándose en los términos más humildes, declinando la invitación del Emperador, excusándose con problemas de salud. La cuarta vez el Emperador ordenó al emisario traer a Doshin, diciéndole;

– Si de verdad no quiere venir, entonces tráeme su cabeza.

Cuando el emisario llegó a la montaña en la que estaba el templo de Daii, lo primero que hizo cuando estuvo delante del maestro Doshin fue advertirle sobre la orden imperial.

– O me acompañas, o tendré que llevarle tu cabeza al Emperador.

Después de oír la advertencia del emisario, el maestro estiró el cuello en dirección de la espada del emisario, mostrando un comportamiento de una gran dignidad. El emisario del Emperador, dándose cuenta de lo inusual de este comportamiento, volvió a la corte

para informar al Emperador sobre lo que había sucedido. El Emperador se quedó admirado con el relato del emisario, y decidió regalarle un paño de la seda más fina de la que disponía, y le dejó seguir con su práctica. A partir de entonces, el maestro Doshin prefirió no poner su vida en riesgo, y su práctica de la Vía continuó sin hacer nunca amistad con gobernadores ni ministros, habiendo tenido la oportunidad. El Emperador T'ai-tsung era un hombre íntegro, un buen gobernante, así que seguro que la amistad de Doshin con el Emperador no habría dado lugar a nada que pudiese llamarse frívolo. Como gobernador de los hombres, T'ai-tsung nunca evitó arriesgar su propia vida, así que fue capaz de mostrar admiración por alguien como el maestro Doshin, que tampoco evitó arriesgar su vida acercando su cuello a la espada del emisario imperial.

En el segundo año de la era Yung-hui (651 e.c.), durante el reinado del Emperador Kao-tsung, el maestro Doshin estaba enseñando el Dharma con las siguientes palabras:

– Todos los pensamientos y todas las cosas están completamente libres de ilusión y sufrimiento. Que cada uno de vosotros preserve y mantenga esto en mente, y lo enseñe en otros lugares.

Cuando terminó de hablar, se sentó en zazen y murió pacíficamente a los 72 años. Los monjes colocaron su cuerpo en una tumba en los terrenos del templo. Al año siguiente, el octavo día del cuarto mes lunar, la puerta de la tumba se abrió ella sola, inexplicablemente, y la forma del cuerpo del maestro parecía como si estuviera aún vivo. Así, el cuarto de los Ancestros chinos practicó la Vía mientras estuvo vivo, y después continuó su práctica incesante después de entrar en su tumba.

## *Historia de la práctica incesante de Hsuan-tsung, el monje emperador*

El emperador Hsuan-tsung, de la dinastía Tang, era el segundo hijo del emperador Hsien-tsung.

Desde que era un niño pequeño demostraba ser inteligente y astuto, y le gustaba sentarse en la postura de loto completo, y estaba constantemente practicando zazen en el palacio.

Mu-tsung era el hermano mayor de Hsuan-tsung. Siendo Mutsung el emperador, un día en que ya había terminado de despachar los de gobierno, Hsuan-tsung se sentó en plan de broma en el trono imperial del Dragón, haciendo como que saludaba a los ministros.

Cuando el primer ministro lo vio, pensó que el joven Hsuan-tung sufría de algún tipo de enfermedad mental, y en consecuencia avisó al emperador Mu-tsung. Cuando Mu-tsung vio a su hermano, le dio una palmada en la cabeza y dijo;

–Mi hermano pequeño es el listo de la familia

En aquella época Hsuan-tsung acababa de cumplir trece años.

En el cuarto año de la era de Tseng-ching (año 824 d.C.), Mu-tsung murió serenamente. Fue sucedido en el trono por sus tres hijos. El primero fue el emperador Ching-tsung, que duró en el trono tres años antes de morir. El segundo fue el emperador Wen-tsung, que duró un año en el trono antes de que los ministros conspirasen contra él y le obligasen a dejar el trono. Y el tercero el emperador Wu-tsung, que subió al trono antes de que lo hiciese Hsuan-tsung, que residía en el reino de su sobrino. El emperador

Wu-tsung, que siempre se refería a Hsuan-tsung como “el loco de mi tío”, fue emperador durante la era de Hui-chang (841-846), y fue alguien que prohibió la práctica de la enseñanza de Buda.

Un día Wu-tsung citó a Hsuan-tsung al palacio, y ordenó darle muerte inmediatamente, por el incidente que se había producido cuando Hsuan tenía trece años, años atrás, cuando se subió al trono de su padre bromeando. Su cadáver fue expuesto en un jardín de flores, detrás del palacio. Durante días echaron sobre el cuerpo de Hsuan los desperdicios de la comida, después de lo cual Hsuan volvió a la vida. Entonces Hsuan dejó en secreto la tierra de su padre y entró en la comunidad del maestro Zen Kyogen, donde se afeitó la cabeza para ordenarse monje, aunque sin recibir todos los preceptos. Una vez, paseando alrededor del templo con el maestro Shikan, llegó al monte Rozan donde Ryozan compuso un poema sobre el arroyo que fluía entre las montañas:

Monótono entre los acantilados, rompiendo entre las rocas, nunca desfallece en su esfuerzo, desde las tierras más distantes se ven las alturas desde las que desciende.

Fue entonces, después de este incidente, que Hsuan se decidió a recibir los diez grandes preceptos, aunque su práctica en el templo aún no era lo suficientemente profunda como para recibir los doscientos cincuenta preceptos del budismo antiguo que practicaban los bodhisattvas.

Con la composición de estos versos, Shikan trataba de retar al joven monje a que revelase el tipo de persona que era desde el punto de vista espiritual, continuando con la rima. Era una práctica común en China para un monje itinerante, viajero, ya fuese que viajase solo o en compañía, componer un poema inspirado en algún encuentro en el que hubiese presenciado alguna escena especialmente bella. Si el monje estaba

acompañado, se esperaba que su compañero de viaje aportase un verso que completase el verso del primer monje. Esta costumbre era utilizada a veces por los maestros Zen para comprobar el avance espiritual de sus discípulos, por lo general los monjes que aún no habían alcanzado la maestría del Zen. Y eso fue lo que hizo Hsuan, que continuó el poema de la siguiente manera:

–¿Qué puede detener a este torrente del valle en su marcha hacia el Gran Océano?

Después de oír el verso, Shikan supo que aquel monje novato no era alguien ordinario. Algún tiempo después Hsuan-tsung se incorporó a la comunidad de Enkan Saian, que estaba situado en la región de Hangchow, y le fue asignada la tarea de servir al abad jefe del templo. En esos tiempos, el maestro Zen Obaku servía al maestro Enkan como su monje principal, así que Hsuan se sentaba en la plataforma para hacer zazen justo después de Obaku. Un día, cuando Obaku estaba en la Sala del Buda, la sala principal del templo, haciendo sus postraciones al Buda, Hsuan entró y le preguntó:

– Dado que no estamos buscando nada que se base en el apego al Buda, o el apego a la Sangha, o el apego al Dharma, ¿qué estás tratando de alcanzar, venerable monje, postrándote delante del Buda?

Después de hacer estas preguntas, Obaku se volvió hacia Hsuan, le abofeteó la cara y dijo:

–No estoy buscando nada que tenga que ver con apegarme al Buda, ni con apegarme a la sangha o apegarme al Dharma, solo estoy haciendo mis postraciones como suelo hacer todos los días.

Y cuando terminó de decir esto, Obaku le dio otra bofetada con la otra mano. Entonces el abad principal, que estaba observando la escena, se dirigió a Obaku diciendo:

–Te has comportado de manera excesivamente ruda con el joven.

–Este es el lugar en el que reside el silencio, lo que no se puede mencionar... Así que hablar de rudo o amable no tiene razón de ser aquí –contestó Obaku golpeando de nuevo la cara de Hsuan con la palma de su mano, después de lo cual Hsuan se marchó de la sala silenciosamente.

Después de la muerte del emperador Wu-tsung, Hsuan volvió a la vida de laico, abandonando el templo, y accedió al trono del imperio. Lo primero que hizo fue abolir las leyes de su predecesor, su sobrino Wu-tsung, que perseguían la práctica del budismo, y restableció su práctica en el imperio. Durante el tiempo que ocupó el trono, Hsuan practicó y protegió con celo la práctica de zazen. Antes de acceder al trono abandonó el país de su padre, su tierra natal, y viajó por las zonas rurales del país siguiendo los arroyos de los valles con su amigo en el Dharma Shikan, haciendo siendo lo posible para mantener una práctica de la Vía pura y simple. Se dice que después de ascender al trono, practicó zazen día y noche.

Habiendo muerto su padre, el emperador, su hermano mayor heredó el trono, y después abdicó en sus hijos, los sobrinos de Hsuan, unos malos gobernantes para el país, que persiguieron y trataron de matar a Hsuan. Su historia es la de un pobre chico desahuciado que debería de darnos pena, sin embargo, practicó la Vía con una determinación a toda prueba, inquebrantable, por eso Hsuan es un ejemplo de esos difíciles de encontrar en el mundo. Su práctica incesante tuvo que ser realmente sincera, espontánea, reflejo de su buen corazón.

## *Historia de la práctica incesante de Fuyo Dokai, el monje de la montaña*

La escuela budista del Zen cuenta entre sus antepasados al maestro Dokai, el monje del monte Fuyo, que manifestó con su vida un torrente puro de práctica incesante de la Vía del Soto Zen.

En el año 1101 el joven emperador Huizong escribió un prefacio a una historia de la transmisión del Zen chino, y en él establece la filiación del budismo en las tierras de la dinastía Song. Esa filiación comienza por Shakyamuni Buda, y su transmisión del tesoro del ojo de la verdadera sabiduría a Mahakasyapa. La transmisión sigue por Bodhidharma, el monje indio (siglo VI), primer ancestro del Zen, y continúa por cinco generaciones hasta Eno (Ch. Huineng. 638-713). A partir de Eno, sexto patriarca chino, aparecen las cinco “casas” o “familias” del budismo en China, entre las cuales dos “dominan el mundo” según Huizong; la escuela Yumen y la escuela Rinzai.

La escuela Soto apareció en el periodo de la dinastía Tang, siendo el maestro Tozan Ryokai (Ch. Dongshan Liangje. 807-869) el fundador de esa “familia”. Tozan tuvo numerosos discípulos, pero según un cronista de la época Song, Huihong, tres generaciones después de Tozan se contaban en China veinticinco maestros Soto, y en la siguiente generación, la cuarta después de Tozan, se contaban tan solo diez. La tradición Soto había empezado a declinar pocas generaciones después de su fundador, y había prácticamente desaparecido en el siglo XI. Esto fue así hasta el maestro Fuyo Dokai, quien, según el mismo cronista, en el periodo Yuanfeng (1078-1086), en Luoyang, la capital occidental del imperio Song, había aparecido “un gran maestro de nombre Dokai, que se decía descendiente de Touzi Qing”, lo que hacía a Dokai un

descendiente de séptima generación de Tozan Ryokai. La suerte de la escuela Soto cambió con la aparición del maestro Fuyo Dokai y la generación siguiente de discípulos, Kokabu Hojo y Tanka Shijun, con los que se educó en la práctica de la Vía el maestro Wanshi Shogaku. La práctica Soto conocerá a partir de entonces un auténtico renacimiento, convirtiéndose en uno de las escuelas budistas más importantes de la época Song.

Fuyo Dokai ha pasado a la historia del Zen por haber establecido las normas de práctica para los templos de la escuela Soto en un texto que se atribuye a él, *Estándar correcto del modelo de monasterio* (Ch. *Qiyuan zhengyi*) y por haber sido el responsable del renacimiento de la escuela Soto durante la dinastía Song. Su biografía está recogida por el cronista Huihong en un texto titulado *Sengbao zhuan*. Dokai practicó las técnicas taoístas en su juventud, llegando a vivir como un ermitaño. Un tanto frustrado con esas prácticas buscó a un maestro budista y se ordenó monje. Muy pronto recibió el encargo de dirigir un templo, y en 1104, por orden imperial, fue nombrado abad del templo de Shinfang Jingyin en Kaifeng, la capital del imperio.

En el 1107 Fuyo Dokai fue trasladado a otro monasterio, también en la capital, y el gobernador Li Xiaoshou pidió al emperador que distinguiese a Dokai con el máximo honor concedido a un monje, recibir el kesa púrpura imperial. Llegado a oídos del emperador Huizong la petición del gobernador de honrar a Dokai, el emperador le pidió que asistiese a una ceremonia en la corte para ofrecerle el preciado kesa púrpura. El maestro Dokai rechazó la invitación del emperador, alegando que no era lo apropiado para un monje que había renunciado a la fama. El emperador insistió enviando a un alto dignatario al templo de Dokai, pero éste rechazó de nuevo la invitación imperial, lo que le costó el exilio y su destitución oficial de monje budista, siendo devuelto a su provincia natal en Zizhou. La conducta de Dokai fue interpretada

en la corte como una protesta formal por la política que seguía el emperador en lo concerniente a su supervisión de los monasterios budistas, a la excesiva dependencia que los monjes tenían de las autoridades políticas. La cuestión fue, siempre según este mismo cronista, que monjes de todas partes siguieron a Dokai en su exilio en su región natal. Cuando Dokai construyó su pequeño templo en el monte Fuyo, monjes y laicos acudían a su refugio por centenares, pero como lo único que les servía para comer era un cuenco de engrudo de arroz al día, muchos de los residentes en el templo empezaron a criticar al maestro y abandonaban la práctica de la Vía. Este enfrentamiento en la comunidad fue iniciado cuando el gobernador de la región, sabiendo que el maestro Dokai y sus monjes se acababan de establecer en la región, y sabiendo que sus reservas de comida para el invierno serían escasas, aprovechó para acudir a su ayuda con ofrendas de arroz y vegetales, tratando así de poner a Fuyo Dokai de nuevo bajo el control imperial. Pero Fuyo Dokai había hecho el voto de no aceptar la comida que viniese de mano de un cargo político. La situación empezaba a ser crítica, y la existencia del templo corría peligro, así que el maestro Fuyo se reunió con los monjes más antiguos, y al término de la reunión, se dirigió a la asamblea de monjes y monjes que practicaban la Vía junto a él con las siguientes palabras:

*–Para empezar, a aquellos que han dejado atrás su hogar para hacerse monjes no le tienen gusto al polvo y los problemas que hacen aparecer las pasiones ilusorias, y buscan ir más allá del nacimiento y la muerte. Y hacen esto para dar descanso a sus corazones y sus mentes, abandonar el pensamiento discriminatorio, y erradicar los enredos mentales. Y es por esto que a la decisión de hacerse monje se le llama también “abandonar el hogar”. Así que ¿Cómo podría decirse que es lo correcto para un monje el ser indulgente con la forma convencional de vivir de una manera negligente y codiciosa? Ahora mismo deberías descartar todas vuestras nociones dualistas y dejar caer también las nociones neutrales. Entonces, donde sea que encontréis cualquier señal o sonido,*

*será como si tratases de plantar una flor sobre una roca, y sea donde sea que encontréis algo que ganar, o fama, será semejante a cuando os entra polvo en los ojos. Además, no es que, desde antes del comienzo de los tiempos, nadie haya hecho esto antes, o que nadie haya sabido cómo hacerlo. Simplemente, nosotros hemos dejado de retorcer nuestra cabeza para hacer una cola con ella. Si detenemos ahora nuestra práctica, sufriremos por causa de nuestra avidez y nuestra codicia, pero ¿qué necesidad tenemos de ello? Si no paramos ahora nuestra avidez y nuestra codicia ¿cuándo trataremos con ello? Por lo tanto, los santos del pasado, los cuales eran personas ordinarias, invariablemente y con sumo cuidado acabaron extinguiendo esa avidez en cada momento del presente. Si podemos agotar esa avidez en cada momento del presente ¿qué más nos queda por hacer? Si somos capaces de estar en calma en nuestro corazón y en nuestra mente, será como si incluso los Budas y Ancestros se volviesen nuestro enemigo. Cuando todas las cosas del mundo se han vuelto naturalmente tranquilas e impermanentes para nosotros, entonces, por la primera vez, tendremos a mano la Otra Orilla.*

*¿No habéis oído hablar de Inzan, quien, en el día de su muerte, no quiso ver a nadie? ¿O Joshu, quien, en el día de su muerte, no deseó hablar con nadie? Y también está Hentan, que recogía varios tipos de nueces para alimentarse. Daibai se cosía su propia ropa con hojas de lotos, y el practicante laico Shie solo vestía ropa hecha con papel, mientras que el veterano monje Gentai solo vestía ropa de algodón. Sekiso construyó una Sala para los Árboles Secos en la que sentarse en zazen y reposar, él y su comunidad, siendo el único requerimiento para sus monjes que mantuviesen sus corazones y sus mentes completamente en calma. Tosu cocinaba él mismo la sopa de arroz para todo el mundo, y aprovechaba el tiempo que empleaba en la cocina para practicar y estudiar por sí mismo el Asunto. Así que, los santos de la antigüedad que he mencionado tenían estas características, y si no hubiesen sido así de fuertes, ¿Cómo íbamos a poder confiar en ellos? ¡Oh mis virtuosos monjes y monjas! Si os controláis a vosotros mismos de la misma manera, llegaréis a ser realmente resueltos y decididos. Pero si, de otro modo, no tenéis el coraje suficiente*

*para haceros cargo de vosotros mismos, me temo que malgastaréis vuestras fuerzas para el futuro. Aunque en esta montaña no ha habido nada que elogiar en particular en lo referente a mi propia práctica de monje, he tenido el privilegio de ser el responsable de este monasterio. Así que ¿Cómo podría aceptar que está bien para mí el sentarme aquí, derrochando las provisiones de la comunidad, y olvidándome de nuestros lazos con los antiguos santos de los que os hablo? Ahora lo que deseo es intentar daros un ejemplo concreto de cómo se comportaban los antiguos responsables de un templo. Después de haber consultado este asunto con varios de los monjes antiguos, hemos decidido lo siguiente: No bajaremos de esta montaña, no abandonaremos el templo, no iremos en busca de comida ofrecida por donantes laicos ni habrá un monje encargado de buscar fondos de donantes. Simplemente, vamos a dividir en trescientas sesenta partes iguales todo lo que hayamos cosechado en un año en nuestros campos, y así utilizaremos cada una de estas partes para preparar la comida para el templo cada día, sin importar si el número de personas residentes en el templo aumenta o disminuye. Si nuestra ración de arroz es suficiente, lo prepararemos cocido. Si la ración no es suficiente para todos los que somos en ese momento, entonces haremos un engrudo con el arroz. Y si no hay suficiente para hacer engrudo, haremos un caldo con el arroz. Cuando haya que recibir alguna visita de gente de fuera del templo, serviremos té solo, nada de ceremonia del té con galletitas, y vamos a arreglar la sala del té de manera que podamos usarla nosotros para nuestras cosas, y que no esté destinada solo a visitas. Necesitamos esforzarnos en cortar nuestra conexión con el mundo secular, hacer menos visitas a los pueblos circundantes y concentrarnos en la vida del templo, en hacer lo mejor para practicar la Vía, sin abandonar la montaña. Diré más, nuestra vida está completa aquí, y a nuestro entorno en esta montaña no le hace falta nada más. Las flores nos enseñan a sonreír y los pájaros nos enseñan a cantar. El Caballo de Madera relincha alto y fuerte. La Vaca de Piedra galopa rápida. Más allá del horizonte azul, la forma de las montañas verdes se difumina, al distanciarse de nuestros oídos, el balbuceo del arroyo deja de existir. En la cima de la montaña los monos parlotean: en el cielo la luna está cargada de niebla. En el interior*

*del bosque las grullas cantan: al romper el día el viento silba entre los pinos. Cuando se levanta la brisa de la primavera, a lo lejos los árboles secos hacen sonar la canción del Dragón: cuando se secan las hojas en otoño, los bosques tranquilos esparcen sus flores. Los peldaños de piedra semejantes a joyas crean formas sobre el musgo: las caras de la gente toman el aspecto de la neblina y las nubes. Los sonidos que distraen se han calmado: las condiciones son las que hay. Lo que está por debajo se levanta solo: nada necesita ser planeado de antemano artificialmente.*

*Yo, un monje de las montañas, dando aquí la cara ante todos vosotros, estoy poniendo encima de la mesa cuál es la puerta de entrada a nuestra familia espiritual y a nuestra práctica monástica: no se trata de envolver las cosas en lo que no han sido más que medios, y no el fin en sí mismo ¿Para qué necesita un maestro hoy en día, cuando entra en el dojo para dar la enseñanza o se entrevista con algún discípulo en su habitación, imitar a otros maestros levantando el palo con el que se golpea el tambor, levantando su espantamoscas ceremonial o apuntando hacia el este con su bastón de viaje, o para qué va a levantar las cejas o mirar con una mirada penetrante, y hacer todo esto como si tuviese un ataque de rabia? Esta forma de comportarse no solo empequeñece a los que practican en el dojo, aún peor, es tratar con desprecio la deuda que tenemos con los santos que nos han precedido ¿No os habéis dado cuenta de que Bodhidharma vino desde el oeste y que habiendo llegado al pie de una montaña remota, se sentó nueve años de cara a la pared? Y la práctica de Eka, de pie en la nieve, cortándose el antebrazo, solo puede describirse por la dureza de sus sufrimientos. Aún así, Bodhidharma nunca dio ni una sola frase de las Escrituras Budistas, y Eka, nuestro Segundo Antepasado, nunca le preguntó por una sola frase de los Sutras. Yendo más lejos, hablando de Bodhidharma ¿Pensáis que era incapaz de enseñar algo para el beneficio de los demás? O hablando de Eka, ¿Pensáis que no estaba buscando un maestro? En el momento en el que este monje de las montañas se pone a explicar lo que hicieron los santos de la antigüedad, inmediatamente siento que no hay un lugar en la tierra donde pueda esconderme, y estoy abrumado por la vergüenza de nuestra debilidad, la de la gente de estos días. Aún más, teniendo*

*cubiertas las cuatro necesidades básicas, comida, vestido, cama y medicinas, nos regalamos a nosotros mismos cientos de delicadezas servidas de maneras diferentes, y tenemos la cara dura de decir que deberíamos practicar la Mente de Buda. Simplemente temo que nuestra conducta sea tan compulsiva que continuemos durante miles de existencias viviendo en los seis mundos. Nuestros días pasan como flechas, y nos arrepentiremos profundamente de haberlos desperdiciado. Aunque seamos así, siempre habrá alguien que haya alcanzado la Otra Orilla confiando en sus fuerzas, pero este monje de las montañas no puede obligar a nadie a seguirle en su práctica. Y, mis virtuosos amigos, ¿Tomáis este poema como uno de los poemas antiguos?*

*De los campos de la montaña, miijo cosechado para nuestra comida*

*De nuestra huerta, un montón de puerros amarillos*

*De vosotros depende que comáis lo que hay para comer*

*Y si preferís no comerlo, sentíos libres para marcharos a donde queráis.*

*Ruego que, pensando en lo que os he dicho, cada uno de vosotros, mis compañeros en la Vía, practiquéis con determinación ¡Tened cuidado de vosotros mismos! Estos son los verdaderos Huesos y Médula de la verdadera Transmisión directa Cara a Cara de nuestro linaje ancestral. Aunque las formas de la práctica que no cesa transmitida por nuestros Ancestros son numerosas, de momento esta es la que yo os transmito.*

Aquel invierno fue particularmente duro, pero Fuyo Dokai no regresó nunca a la capital del imperio, aunque el Emperador, impresionado por su determinación como monje, le restauró en su puesto de maestro oficial del Imperio. Dokai permaneció en su pueblo natal, y cuidó de su padre que en aquel tiempo se encontraba muy enfermo.

Finalmente Fuyo Dokai admitió el apoyo económico del gobernador de la zona, Liu Fengshi, siempre preservando la práctica de su linaje. Con esta ayuda Dokai levantó un pequeño templo junto al lago Furong. Allí el monje de las montañas organizó a los granjeros locales para aprovechar una vasta extensión de tierra junto al

lago. Las abundantes cosechas que recogieron redundaron en beneficio tanto de la población local como del templo, y cientos de nuevos monjes se unieron al maestro Dokai. En el año 1117 le fue concedida al templo una placa imperial que lo reconocía oficialmente como “templo Zen Huayan”, y al año siguiente, el quinto mes de 1118, a los 75 años, el maestro Fuyo Dokai falleció mientras practicaba zazen en compañía de sus monjes.

Los estudiantes del Zen de hoy en día deberíamos de continuar la práctica incesante que fue cultivada en el Monte Fuyo, y deberíamos explorar esa práctica a través de nuestro propio comportamiento, que ha sido el método establecido inicialmente por Shakyamuni Buda para sus discípulos en el monasterio de Jetavana.

*Las personas que solo buscan llenarse el vientre*

*Corriendo insaciables detrás de honores, afectos, dinero...*

*Vagan como espíritus famélicos sin conocer nunca la satisfacción*

*Si sigues las huellas dejadas por el monje Dokai*

*Entraras en la profundidad del monte Fuyo*

## *Historia de la práctica incesante de Hyakujo Ekai, un día sin samu, un día sin comer*

Desde la época en la que Hyakujo Ekai servía como monje asistente del maestro Baso hasta la tarde en la que entró en el nirvana, no hubo un solo día en el que no hiciese *samu* en el templo, trabajando para el provecho de los demás en la comunidad de monjes y monjas. Cuando el maestro Hyakujo era ya un Viejo monje con una larga vida de práctica dijo en una ocasión;

– Un día en el que no trabaje, un día que no como.

Y hacía por entonces, siendo viejo, el mismo tipo de *samu* que hacía cuando era joven, sin importarle lo dura que fuese la tarea. Los monjes se lamentaban y les daba una enorme pena ver cómo trabajaba el viejo maestro Hyakujo, pero era inútil decirle nada. Hyakujo seguía las huellas de su maestro Baso, que siempre era el primero en presentarse a la hora del *samu*. Finalmente un día los monjes, no pudiendo soportar más el espectáculo de ver al viejo arrastrar sus herramientas, decidieron escondérselas, de modo que a la hora del trabajo Hyakujo no las encontrase. Y así hicieron. Los monjes escondieron las herramientas de trabajo, y cuando Hyakujo llegó al lugar en el que debían estar, no las encontró. Hyakujo se imaginó lo ocurrido, y pidió a los monjes que le devolvieran las herramientas, pero los monjes se negaron a devolvérselas. Hyakujo se marchó sin decir nada, y aquel día se negó a comer. Así fue como Hyakujo demostró su disgusto al no poder participar del trabajo del templo para beneficio de todos, y fue a raíz de este incidente que la práctica incesante y la enseñanza de Hyakujo se extendió por todos los templos Zen de su época, y hasta nuestros días; Un día sin *samu*, un día

sin comer. Un día sin hacer el esfuerzo de beneficiar a los demás sin esperar nada a cambio, un día sin comer.

## *Historia de la práctica incesante de Wanshi, el monje silencioso*

A mediados de la era del imperio Song vivió en la Gran China Maestro del Zen llamado Wanshi Shogaku, natural de la provincia de Xizhou, al norte del imperio, en el centro del gran valle del Río Amarillo. Su nombre de familia era Li, y a la edad de siete años ya conocía cientos de caracteres de la escritura de su país, lo que era algo excepcional. Wanshi era hijo de un hombre religioso, practicante del budismo junto a un Maestro de la escuela Rinzai de nombre Desun. Cuando este Maestro conoció al joven Wanshi dijo de él; “Este niño no pertenece al mundo polvoriento, si abandona su hogar será un gran monje”. Así que a los once años Wanshi dejó la casa de su familia e ingresó en un templo, donde recibió una buena educación y se ordenó monje budista. Así Wanshi practicó durante años con dos Maestros Rinzai, y se hizo un gran experto en los *koan*, hasta que un día se encontró con un Maestro descendiente del Gran Fuyo Dokai, de nombre Kokabu Hojo. A la comunidad de monjes que practicaban con Kokabu los conocían como la Asamblea de los Árboles Secos. Su práctica consistía en solo sentarse en silencio, haciendo girar la luz hacia el interior, y cuando le preguntaban por ella, el Maestro respondía con el siguiente verso: “en el interior de un árbol seco, canta un dragón, los que quieran practicar la Vía del Zen deben de saber esto”, decía Kokabu aludiendo a la postura sentada de zazen, y a la mente del despertar que alberga esta postura. Y fue con la práctica de Kokabu Wanshi obtuvo el satori del Buda.

Un día mientras los monjes en el monte Xiang cantaban el Sutra del Loto, Wanshi despertó instantáneamente escuchando la frase; “Tu ojo que existía antes del nacimiento de tus padres ve todas las cosas en los tres mil reinos”. Entonces fue a ver al

maestro Kokabu para dar cuenta de su despertar. Kokabu apuntó a una caja de incienso y dijo:

–¿Qué hay dentro?

–¿Qué quieres decir? –dijo Wanshi.

–¿Qué hay en el sitio de tu despertar?

–Wanshi utilizó su mano para dibujar un círculo en el aire e hizo el gesto de echarlo tras de sí. Kokabu preguntó:

–¿Qué límite hay para los viejos amigos haciendo bolas de barro?

–Equivocado –dijo Wanshi, a lo que Kokabu respondió.

–Lo has alcanzado sin imitar a otros.

–Sí, sí –dijo Wanshi.

Después de practicar en varios templos, un otoño Wanshi llegó al templo del monte Tendo y se estableció allí hasta el final de sus días, sin abandonar la montaña más que en una sola ocasión, cuando fue requerido por el emperador para ocupar un puesto de consejero del Emperador en la corte del Imperio. Pero Wanshi se encontró que la vida de la corte no era la apropiada para la práctica de un monje, y le pidió al Emperador que le disculpase, que tenía que atender a los asuntos del templo de la Gran Montaña Blanca. Y así se marchó de vuelta al monte Tendo, donde una asamblea cada vez más numerosa de monjes y monjas se agrupaban entorno a Wanshi Shogaku. Su templo por entonces tenía provisiones suficientes para mantener la práctica de mil personas, setecientos monjes comían en el dojo y trescientas personas fuera de él. Pero cada día se sumaban nuevos practicantes de la Vía, gente que buscaba practicar la

enseñanza del maestro Wanshi, hasta que un día sumaron mil personas comiendo y durmiendo en el dojo y quinientas personas fuera de él. El *tenzo* del templo fue a ver a Wanshi y le dijo:

- Las provisiones del templo sólo podrán abastecer a mil personas. No podemos mantener a todos los monjes que acuden. Por favor, tenga esto en cuenta y haga que los monjes sobrantes se vayan.
- Cada uno de esos monjes tiene su propia boca. Eso no te incumbe, por lo tanto no te preocupes por ello –replicó Wanshi.

La fama del maestro Wanshi se extendió por todo el Imperio, y fuera del mundo de los humanos, de manera que incluso los demonios guerreros que guardan las puertas del Templo deseaban entrar en la habitación de Wanshi para descubrir su aspecto. Los monjes hicieron un gran *samu* en aquel templo, convirtiendo un antiguo santuario taoísta en un gran templo para monjes y monjas que también albergaba a estudiantes de la Vía en una sala del templo que fue conocido con el nombre de Keitoku-ji, un lugar de peregrinación sagrada hasta nuestros días.

A los sesenta y siete años el maestro Wanshi bajó al pueblo a visitar a las autoridades militares y a los laicos que habían contribuido a la comunidad budista con sus ofrendas al templo. Les agradeció su apoyo, luego subió de nuevo al templo, se puso ropa limpia y se dirigió al dojo. Allí pidió tinta y un pincel para escribir una carta al maestro Daie Soko para pedirle que se hiciese cargo del templo. Compuso este poema...

*Sueños ilusorios, flores fantasmales*

*Sesenta y siete años*

*Un pájaro blanco se desvanece en la niebla*

*Las aguas de otoño emergen con el cielo*

... Y murió sentado en zazen. Se dice que después de extinguirse, su cuerpo permaneció fresco siete días. Seis meses después de su muerte fue cuando el emperador Gaocong le dio el título póstumo de Maestro Zen Wanshi Shogaku (Amplia Sabiduría).

La relación del maestro Wanshi Shogaku con el Maestro Daie Soko, a quien pidió que se hiciese cargo del templo de la montaña Tendo, merece la pena ser conocida.

Daie Soko se ordenó monje en la escuela Rinzai a los dieciséis años, y fue discípulo de Engo Kokugon, el recopilador de la *Crónica del acantilado Azul*, con el que también había practicado el maestro Wanshi Shogaku. A los treinta y ocho años Dahui recibió un alto cargo imperial, y le fue impuesto un *kesa* púrpura por el emperador. Por entonces la escuela Rinzai era dominante en la China de los Song, pero la práctica de sentarse en silencio estaba conociendo una gran expansión entre los monjes chinos, lo que llamó necesariamente la atención de Emperador, y los celos de los maestros de la escuela dominante. Daie Soko dirigió sus críticas contra la escuela de Wanshi en sus escritos: *El peor de todos los puntos de vista heréticos es el de la iluminación silenciosa, con el cual la gente se atrinchera en la cueva fantasmal, sin decir una palabra y estando totalmente vacíos y quietos, buscando la paz y la felicidad últimas... En los últimos años ha aparecido una enseñanza herética que predica la iluminación silenciosa Zen. Enseñan a la gente a hacer esto todo el día sin prestar atención a ninguna otra cosa, estando quietos y descansando, sin atreverse a hacer ningún ruido, temerosos de desperdiciar su tiempo. A menudo los estudiantes que, debido a su inteligencia y su amabilidad, evitan los sitios bulliciosos, se dejan llevar por estos maestros herejes a practicar el sentarse en silencio (jingzuo). Ven que se pueden ahorrar el esfuerzo con esta práctica y lo ven como*

*algo correcto. Ni si quiera buscan el maravilloso despertar, solo observan el silencio como el más alto principio.*

A cualquiera este tipo de críticas le habrían sentado mal, le habrían provocado un gran enfado, y se habría defendido de ellas. Pero Wanshi Shogaku era una verdadera persona de la Vía, y encontró en esa crítica una descripción muy acertada de la práctica de su escuela, y en respuesta a esas críticas escribió un poema que tituló con la misma frase despectiva que utilizaba el maestro Daie para referirse a su práctica de solo sentarse en silencio: *La iluminación Silenciosa*, que dice así:

*Silenciosa y serena, olvidando las palabras, la claridad brillante aparece delante de ti.*

*Cuando la reflejas, te vuelves vasto, cuando la encarnas profundamente la vida se vuelve vibrante.*

*Espiritualmente solitario y brillante, la iluminación interior restaura lo maravilloso.*

*El rocío a la luz de la luna, un río de estrellas, los pinos cubiertos de nieve, nubes envolviendo la cima.*

*En la oscuridad es más brillante, aunque escondido se manifiesta todo lo más.*

*La grulla sueña en la niebla invernal. Las aguas del otoño fluyen a lo lejos en la distancia.*

*Los kalpas sin fin están completamente vacíos, todo es completamente lo mismo.*

*Cuando lo maravilloso existe en serenidad, todo logro se olvida en la iluminación.*

*¿Qué es eso maravilloso? Ver permaneciendo en alerta a través de la confusión es la vía de la iluminación silenciosa y el origen del brillo sutil.*

*La visión penetrando en el brillo sutil es el tejido dorado en un telar de jade.*

*Derecho e inclinado se ceden el paso el uno al otro; luz y oscuridad son interdependientes.*

*Sin depender de la facultad de los sentidos y el objeto, en el momento justo interactúan.*

*Bebe la medicina de las buenas visiones. Golpea el tambor manchado de veneno.*

*Cuando interactúan, matar y dar la vida depende de ti.*

*A través de la puerta emerge el sí mismo y las ramas están cargadas de fruta.*

*Solo el silencio es el discurso supremo, solo la iluminación es la respuesta universal.*

*Responder sin caer en el logro, hablar sin implicar a quien escucha*

*Las diez mil formas brillan majestuosamente y exponen el dharma*

*Todos los objetos lo certifican, todos en diálogo*

*Dialogando y certificando, responden apropiadamente uno al otro;*

*Pero si la iluminación descuida la serenidad entonces aparece la hostilidad,*

*Certificando y dialogando, responden uno a otro apropiadamente;*

*Pero si la serenidad descuida la iluminación, la confusión lleva al desperdicio del dharma.*

*Cuando se completa la iluminación silenciosa, los lotos brotan, los soñadores despiertan,*

*Un centenar de arroyos fluyen hacia el océano, un millar de cordilleras miran hacia el pico*  
*más alto.*

*Como el ganso prefiere la leche al agua, como las abejas recolectan el néctar,*

*Cuando la iluminación silenciosa alcanza lo último, ofrezco mi enseñanza.*

*La enseñanza de la iluminación silenciosa penetra de lo más alto a debajo de los*  
*fundamentos.*

*El cuerpo siendo vacuidad (shunyata), los brazos en el mudra*

*Del principio al final las apariencias cambiantes y las diez mil diferencias comparten un*  
*mismo patrón.*

*El señor Ho ofrece jade al emperador; el ministro Xiangru señala sus defectos.*

*Afrontar los cambios tiene sus principios, la gran función es sin intención.*

*El gobernador permanece en el reino, el general va más allá de las fronteras.*

*El asunto de nuestra escuela golpea la diana de forma directa y verdadera.*

*Transmitirlo en todas direcciones sin el deseo de obtener reputación alguna*

El monje Puqung, un gran discípulo de Wanshi, fue quien recopiló las *Crónicas de Wanshi* (Ch. *Hongzhi Lu*, Jp *Wanshiroku*) agrupadas en seis volúmenes, impresos a partir de tablillas de madera como era lo habitual en el período Song. En esta colección, además de las crónicas, se conservan enseñanzas orales recopiladas después por su discípulo, los *Consejos para la práctica*, y una colección de poemas del propio Wanshi.

*Lo que para las personas ordinarias es una crítica dolorosa*

*Para una persona de la Vía es una enseñanza*

*Lo que para una persona ordinaria es un enemigo*

*Para un monje que practica el Zen de Buda es un maestro*

*Cuando has realizado el giro que dirige tu luz hacia el interior*

*Nada puede perturbar el silencio interior*

## *La perla brillante de Shibi, el monje austero*

En el mundo de los seres humanos existió un gran maestro del Zen que se llamaba Sôitsu, que vivió su vida de práctica en el monte Gensha, en la provincia de Fukien, en el Gran Reino de China. Su nombre de monje fue Shibi, y su nombre de familia era Sha. Cuando aún vivía la vida de laico, era aficionado a la pesca, y solía navegar con su barca por el río Nant'ai, como era la costumbre de los pescadores de la zona.

Sin embargo, él aún no tenía ni la menor idea de que el Pez Dorado que se pesca a sí mismo, por decisión propia, había entrado en su barca, sin haber sido pescado con un anzuelo. Cerca del principio de la era china Kan-t'ong de la dinastía T'ang (865 e.C.), de repente Shibi tuvo la aspiración de dejar atrás el polvo de la vida ordinaria, así que, en a sus treinta años abandonó su barca y se fue a morar en la montaña. Habiendo despertado a la fluctuación incesante de este mundo flotante, se dio cuenta del gran valor de la Vía del Buda. En aquel tiempo, Shibi fue a la montaña de Seppô para buscar la instrucción del maestro Seppo Shinkaku, practicando la Vía del Zen de día y de noche. Un día, con su bolsa de viaje bajo el brazo, Shibi dejó la cima de la montaña Seppo con la intención de profundizar en su práctica estudiando la Vía junto a otros maestros. Justo mientras descendía la montaña aplastó su dedo gordo del pie contra una roca, y empezó a sangrar y a dolerle terriblemente el golpe. De repente Shibi tuvo un profundo despertar, y dijo:

- Este cuerpo no tiene una existencia independiente, así que ¿De dónde viene el dolor?

Y regresó a ver al maestro Seppo Shinkaku para contarle lo que le había sucedido. Seppo le preguntó

- ¿Es este el mismo Shibi, el monje austero?

Shibi respondió:

- Nunca he tratado de engañar a nadie respecto a eso...

Encantado con la respuesta de su discípulo, Seppo dijo:

- ¿Cómo se puede no apreciar esta respuesta? ¿Cómo se podría expresar mejor el Asunto?

En otra ocasión, Seppo le preguntó a Shibi:

- Oh Shibi, mi monje austero, ¿Por qué no continuaste con tu peregrinaje en busca de un maestro con el que practicar?
- Bodhidharma no vino hacia el Este hasta la China para eso, ni el Segundo Antepasado del Zen fue hacia el oeste hasta la India para eso –respondió Shibi.

Seppo alabó la respuesta del monje. Shibi había pasado toda su vida dedicado a la pesca, así que ni en sueños visto en toda su vida con sus propios ojos un Sutra impreso en papel. Sin embargo, cuando tomó la determinación de despertar a la Verdad antes que cualquier otra cosa, emergió en él una fuerza espiritual que sobrepasaba a la del resto de los monjes. Seppo, su maestro, se daba cuenta de esta condición, y por eso estimaba a shibi por encima de cualquier otro monje.

Shibi se vestía con una ropa hecha de saco, de cáñamo grueso, y como no tenía otra muda de ropa, su vestido estaba lleno de parches. Por debajo de ese vestido se cubría con ropa interior de papel y hojas de artemisa trenzadas mientras aún estaban verdes. A parte de su práctica junto a Seppo Shinkaku, Shibi Gensha nunca fue a buscar

a otro Maestro con el que practicar, como tenían por costumbre los monjes itinerantes de la época, los monjes que seguían el rastro de las nubes. Aunque se mantuvo siempre con un solo Maestro, ciertamente encontró junto a él la fuerza necesaria para ser el heredero del Dharma de su Maestro. Cuando Shibi hubo alcanzando la Vía, para enseñárselo a los demás solía decir:

- El Universo entero en las diez direcciones es una Perla Brillante.

Una vez un monje le preguntó a Shibi:

- Respetable monje, he escuchado decir que tú enseñas que el Universo entero en las diez direcciones es una Perla Brillante ¿Cómo puedo yo, que soy un aprendiz, entender esto?
- Desde que el Universo entero en las diez direcciones es una Perla Brillante ¿De qué te puede servir que yo te dé una explicación para que tú te crees una comprensión intelectual de ello?

Aún así, al día siguiente Shibi preguntó al monje:

- El Universo entero en las diez direcciones es una Perla Brillante ¿Cómo entiendes tú esto?
- Desde que el Universo entero en las diez direcciones es una Perla Brillante ¿De qué te puede servir que tenga una comprensión intelectual de ello? – respondió el monje.
- Me doy perfecta cuenta de que, aunque estés buscando a ciegas en la cueva oscura del demonio, entre las montañas negras de la ignorancia, a tu manera esta es tu práctica de la enseñanza.

## *El despertar del monje Kyogen entre la silueta de las montañas y el sonido del río en el valle*

Hubo una vez un antiguo experto en la Vía del Zen, el monje Kyogen Chikan, que, siendo un joven novicio, practicaba la Vía con su maestro, Isan Reiyu, en el templo del monte Daii. Kyogen estudiaba día y noche los Sutas, los comentarios de los Sutas, y los textos clásicos chinos. A su mucho conocimiento de la literatura budista había que añadir su inteligencia penetrante y su fuerte determinación en la práctica de la Vía.

En una ocasión el maestro Isan le invitó a su habitación, y Kyogen se presentó ante él, ambos se sirvieron té, y el maestro se dirigió al monje con las siguientes palabras:

– Monje Kyogen, eres inteligente, y has estudiado mucho, así que, sin echar mano de tus libros y de las cosas que has aprendido de memoria, estoy seguro de que sabrás cuál era tu rostro antes de que naciesen tus padres... Explícamelo en pocas palabras, te lo ruego.

Kyogen lo intentó, pero fue incapaz de articular una sola palabra, y así salió de la habitación de Isan, empleando los siguientes días en estudiar los numerosos libros que había acumulado a lo largo de los años, avergonzado y ansioso, sin encontrar respuesta.

Finalmente el monje Kyogan, desesperado, amontonó todos sus libros en el patio, cogió una antorcha, y les pegó fuego al atardecer. Las cenizas blancas flotaban entre las chispas de la hoguera de libros del monje Kyogan.

– ¿Qué haces? –le preguntó un monje a Kyogan.

–Cuando tienes hambre, mirar un pastelito de arroz pintado sobre un papel no te puede saciar. Juro que voy a dejar de buscar la verdad del Buda el tiempo que me queda de vida. A partir de ahora me dedicaré única y exclusivamente a servir la comida.

Y así hizo el monje Kyogan; servir la sopa de arroz integral por las mañanas, y la comida del medio día al resto de la comunidad. Esa fue su práctica en el templo del monte Daii durante los siguientes diez años. Al cabo de ese tiempo el corazón de Kyogan seguía inquieto, y fue a hacer una visita a su maestro.

–Sigo sin saber qué responder, no encuentro las palabras, maestro, te lo pido por favor, dime algo que me ayude a encontrar la verdad.

–No es que no quiera ayudarte, no es eso... con mucho gusto te ayudaría, pero si te lo digo ¿de qué te sirve? Luego lo lamentarás, y te enfadarás conmigo por habértelo dicho –respondió Isan.

Así que Kyogen volvió al servicio en la sala de los monjes durante siete años más.

Un día el monje tomó la determinación de conocer el lugar en el que había vivido el maestro nacional Echu, y emprendió un viaje de varias semanas, durmiendo en los caminos y mendigando su comida como un monje herrante, hasta el monte Buto. Al encontrar el lugar, Kyogan recolectó ramas y hierba y se construyó una cabaña a pocos metros del lugar en el que se había levantado la ermita del maestro nacional Echu.

Kyogen habitó el lugar cultivando un pequeño huerto y buscando la Vía. Su única compañía era el bambú que había plantado en el lugar. Una mañana, mientras barría la entrada de su cabaña, golpeó con su escoba un trozo de teja, que salió disparado por el aire hasta golpear en un tronco de bambú. En cuanto Kyogen escuchó el golpe, al instante experimentó un gran despertar.

Esa misma tarde tomó un baño para sentirse limpio, para purificarse física y mentalmente. Una vez vestido con su kolomo y su kesa se puso en dirección al monte Daii para quemar incienso. Y en esa dirección se postró repetidas veces tocando el suelo con su cabeza, recordando al maestro Isan, al que fue a ver inmediatamente. Viaje de vuelta al monte Daii diez años después de haber recorrido ese mismo camino, antes en dirección al monte Buto.

Cuando llegó al templo de su maestro lo buscó, y cuando lo tuvo frente a sí le dijo:

–Monje Isan, si cuando te pregunté sobre el asunto me hubieses dicho algo para calmar mi sufrimiento, nunca habría encontrado la verdad ¿Cómo iba ser si no? Así que la deuda que tengo es mayor que la que tengo con mis padres, déjame que te lea el poema que he compuesto, te lo ruego...

*De un soplo he olvidado todo lo que había aprendido de memoria.*

*Ni me esfuerzo en vano por controlarlo todo a través del conocimiento*

*Con una sonrisa dibujada en mi cara sigo mi camino por la Vía Antigua*

*Sin mirar atrás en los momentos duros*

*Sin dejar mis pisadas por todas partes*

*Solo me queda esta manera digna que va más allá de cualquier cosa antes dicha u oída.*

*Todos los que han alcanzado la Vía en cualquier lugar, en cualquier tiempo, con una sola voz dicen que este aquí y ahora es el momento supremo.*

Después de escuchar el poema, el maestro Isan Reiyu del monte Daii exclamó:

–¡El monje Kyogen ha encontrado el camino de vuelta a su país natal!